El Congreso del Partido Socialista Obrero Español (I)

14/dic/87

por Danilo TRELLES, corresponsal

El 13 de diciembre se inició en Madrid el acto inaugural del XXX Congreso del Partido Socialista Obrero Español.

Los problemas que agitan al país en estos momentos, en distintos campos, los conflictos laborales y estudiantiles, la orientación de la política económica e internacional y, sobre todo, el creciente movimiento en favor de la paz, contra la permanencia de España en la OTAN y el desmantelamiento de las bases norteamericanas, son algunos de los temas, que no obstante la rigidez del esquema con que se ha montado la organización del congreso, no dejarán de aflorar en el curso de los debates, aunque no podrán desbordar el curso de un acto cuyos resultados se descuentan de antemano.

En el planteo de estos críticos problemas están presentes sin embargo dos fuerzas, cuyas posiciones, si bien no concuerdan exactamente, tienen muchos puntos de encuentro que pueden dar un gran peso a su posición en el congreso y cuyos argumentos me parece oportuno analizar.

Son las posiciones que defienden la corriente de opinión de izquierda socialista y el sector sindical que se agrupa en la Unión General de Trabajadores, que liderea Nicolás Redondo, uno de los personajes más importantes de la generación del partido nacido en Suresnes.

En el documento de discrepancias con la ponencia de síntesis que presenta la comisión federal al congreso, los críticos trazan un cuadro de la situación a partir de 1976, en que Felipe González definía las alternativas al régimen franquista como un proceso dialéctico de conquistas de parcelas de libertad, en los que la ruptura con el sistema se presentaba como una combinación de factores entremezclados de presión y negociación. "Nació así el concepto de ruptura negociada". La oposición en su conjunto reconocía su relativa debilidad para desplazar del aparato del Estado a las fuerzas que lo ocupaban.

Para el mes de mayo de 1979 en que se realizó el 28 congreso federal del PSOE, muchas cosas habían cambiado. La "ruptura democrática" tras su conversión en "reforma pactada había permitido la celebración de las primeras elecciones legislativas en libertad, el 15 de junio de 1977, la nueva constitución democrática había sido elaborada por las cortes recién elegidas y aprobada por referéndum en diciembre de 1978. El parlamento español que adquirió el carácter de constituyente, se disolvió para facilitar las primeras elecciones democráticas en el marco de la nueva constitución. Fue entonces que se produce el 28 congreso federal del PSOE, con grandes tensiones y un desenlace inesperado. El enfrentamiento entre los calificados como "moderados" (partidarios de cambiar la definición teórico-pragmática del partido y hacer de la moderación una doctrina), y los calificados como "críticos" (partidarios de aplicar una táctica coherente con la estrategia del programa má-

ximo del partido), acabó con la aprobación por el plenario de la posición defendida por los "críticos".

"Paradójicamente tras la aprobación de esta postura, el compañero González decidió no presentarse a la elección como secretario general, forzando con ello la convocatoria de un congreso federal extraordinario que tuvo lugar en el mes de septiembre".

La crisis ocurrida no puede explicarse como una crisis personal. Hay razones políticas e ideológicas profundas que hay que considerar para entenderla. Fracasada la "ruptura democrática", es decir la superación de todos los vestigios de la dictadura, los partidos que habían obtenido representación parlamentaria se apresuraron a elaborar una constitución, buscando que fuera el resultado del consenso entre las fuerzas políticas. Es decir se pactó la reforma previa a la ruptura. Como consecuencia las organizaciones democráticas de izquierda debieron suspender la política de movilizaciones populares, abandonando así, en la realidad, gran parte de la ideología propia del proyecto socialista. Este proceso significó. Entre otras cosas, aceptar el antiguo aparato del Estado, sin la menor democratización real.

Como consecuencia, el PSOE concurrió a las elecciones de marzo de 1979, con un programa muy lejano de las tesis aprobadas en el 27 congreso. Las diferencias eran en esencia presentarse como "único defensor de los acuerdos de la Moncloa" y atemperar las resoluciones del último congreso, para ganar votos por el centro-derecha.

En el periodo siguiente fracasaron las tácticas de la dirección del partido, orientadas a conseguir el bipartidismo y con él, imponer la alternativa en el poder, lo que sucede en la realidad es un escoriamiento hacia la derecha de todo el proceso de transición democrática. En la Unión de Centro Democrático se imponen las posiciones que al final culminarán con la dimisión de Adolfo Suárez.

En aquel contexto, la intencional golpista del 23 de febrero sirvió de revulsivo social. La derecha aceleró sus panes: integración en la OTAN, ley de defensa de la democracia, descomposición final de UCD y desplazamiento político hacia posiciones conservadoras.

El 29 congreso no cerró la crisis orgánica abierta en el PSOE y las opiniones discrepantes están ausentes. En las asambleas todo se aprueba por unanimidad. El PSOE, que en 1976 rehuía la socialdemocracia como mera correctora de los abusos del sistema capitalista, lo acepta en 1981 como natural e insuprímible, y aparece como el más ardiente defensor de la economía de mercado.

"Al hacer el balance del proceso vivido por el partido entre 1976 y 1981, se observa el paso de posiciones reformistas no capitalistas, a posiciones progresistas modernizadoras del capitalismo".

En la práctica se diseña una línea que renuncia a objetivos antineolibertaristas esenciales, se renuncia a

cualquier política tendiente a incrementar el control social de la economía. La política económica fundamentada en los análisis marxistas es considerado como un método pasado de moda. El Estado sólo se entiende como palanca que redistribuye la renta y asegure mínimamente determinados servicios prestaciones sociales.

"La política de no alineamiento respecto a los bloques militares OTAN-Pacto de Varsovia, es calificada como inviable y nuestra integración en el mundo "occidental", así como en su defensa, pasa a ser el mejor sistema para resolver la asignación de recursos, y la "libre empresa" pasa a ser el motor del crecimiento".

En 1976, el PSOE pensaba que existían tres plazos o periodos bien determinados para culminar un proceso de cambios. En el primero habría que acabar con el sistema dictatorial y lograr la ruptura democrática. En el segundo habría que construir una mayoría social anticapitalista que iba transformando la estructura económica capitalista y creando condiciones en la sociedad para llegar al tercer periodo, en el que se avanzaría por el camino hacia la sociedad socialista.

En 1984, aparentemente, sólo se mantiene el primer objetivo: democratizar, modernizar, regenerar la sociedad heredada.

"Todo lo que puede ofrecer hoy por hoy —afirman los críticos— este modelo de sociedad, no es sino la constancia de una crisis ya larga, a la que no se ve cercano fin, y la realidad de la progresión del paro, un retroceso en la satisfacción de las demandas sociales".

Hay que sacrificarse dicen, para recomponer el excedente de beneficios de la industria capitalista, ya que su acumulación constituye la fuente principal que acrecienta la productividad, esa sería la meta para seguir creciendo, aunque en el camino queden abandonados millones de parados y cientos de países continúan siendo explotados.

La alternativa capitalista de reestructuración del sistema pasa por ahogar y colocar en situación de creciente dependencia a la burguesía nacional con una nueva división internacional del trabajo, que bajo el liderazgo de los Estados Unidos debilite en forma progresiva la economía de Europa, hasta que sea totalmente dependiente.

Estas son en esencia las consideraciones de los críticos de izquierda socialista. No obstante la abundancia de razones, sus argumentos no han pesado mucho en las asambleas preparatorias del congreso, donde han logrado apenas un 14% de aprobación, lo que no les da una fuerza de presión suficiente para ejercer cierta influencia sobre el congreso.

Sus esperanzas radican en la posible identificación de algunas posturas con el sector obrero de UGT, cuyos argumentos analizaremos en una próxima nota.